

— No os engañáis, señor Rousseau, nos vimos el 31 de mayo por la noche.

— ¡ Ah ! vos sois aquel joven cirujano, mi compatriota; el señor Marat, en fin.

— Servidor vuestro.

Y se hicieron mutuamente una reverencia.

Aun no había tomado la palabra el tercero, que era un hombre joven también y de noble semblante, y que, durante toda la ceremonia, no había hecho otra cosa que observar la actitud de la muchedumbre.

El cirujano fué el primero que se marchó, engolfándose en medio de las oleadas del pueblo, quien menos agradecido que Rousseau, le había olvidado ya, pero á cuya memoria esperaba apelar algún día.

El otro joven esperó á que se marchase, y dirigiéndose entonces á Rousseau, le dijo :

— ¿ Y vos no os marcháis ?

— ¡ Oh ! ya soy demasiado viejo para ir á meterme en esa barahunda.

— En ese caso, repuso el desconocido bajando la voz, ¡ hasta esta noche, en la calle Platriere ! ¡ No dejéis de concurrir, señor Rousseau !

El filósofo se estremeció cual si hubiera visto ante sí una fantasma. El color de su rostro, pálido de ordinario, se puso cárdeno; quiso responder á aquel hombre, pero había desaparecido ya.

XXVII

Del efecto que produjeron en J. J. Rousseau las palabras del desconocido

Después de haber oído aquellas singulares palabras pronunciadas por un hombre á quien no conocía, Rousseau atravesó temblando las oleadas de gente, y sin acordarse de que era viejo y de que temía á la multitud, se abrió paso y se halló muy pronto en el puente de la Catedral. Luego, siguiendo pensativo é interrogándose á sí mismo, cruzó el barrio de la Greve que conducía más directamente al suyo.

— ¿ Conque cualquier desconocido posee ese secreto que todo iniciado está obligado á guardar? se dijo interiormente.

— ¡ He ahí lo que ganan las asociaciones misteriosas con pasar por el tamiz del pueblo !... Un hombre me conoce, y sabe que soy su consocio, y tal vez su cómplice. Semejante estado de cosas es absurdo é intolerable.

Y diciendo estas palabras, Rousseau aceleraba el paso, él que solía ser tan precavido, especialmente desde su percance en la calle de Menilmontant.

— Así, continuaba el filósofo, habré cometido la necesidad de querer conocer á fondo esos planes de regeneración humana propuestos por ciertos hombres que se engalanan con el título de iluminados; habré cometido la locura de creer que pueden brotar buenas

ideas de Alemania, de ese país de nieblas y cerveza, y habré comprometido mi nombre con el de algunos tontos ó intrigantes á quienes servirá de capa para encubrir su majadería. ¡ Oh ! no, no será así ; un relámpago me ha mostrado el abismo, y no iré á arrojarme en él á sabiendas.

Y Rousseau tomaba aliento apoyándose en su bastón, y parándose por un instante en medio de la calle.

— Sin embargo, prosiguió el filósofo, era una bella quimera ; reemplazar la esclavitud con la libertad, conquistar el porvenir sin trastornos ni ruido, y urdir misteriosamente la red mientras duermen los tiranos de la tierra... era demasiado bello para que yo no me dejara ilusionar... No quiero abrigar temores, sospechas y recelos, indignos de un espíritu libre y de un cuerpo independiente.

Dicho esto, acababa de emprender de nuevo su marcha, cuando la vista de algunos agentes del señor de Sartines, que miraban á todos lados, asustó al espíritu libre y dió tal impulso al cuerpo independiente, que corrió á perderse en lo más denso de la sombra que formaban los pilares por debajo de los cuales iba caminando.

De los pilares á la calle Platriere no hay mucha distancia, de suerte que Rousseau anduvo aquel espacio con rapidez, subió á sus aposentos jadeando como un gamo que se ve perseguido, y se dejó caer en una silla sin poder contestar una palabra á cuantas preguntas le hizo Teresa.

Al fin dió cuenta de la causa de su emoción, atribuyéndola á lo que había corrido, al calor, á la noticia de lo furioso que se puso el rey en el solio de justicia, á la vista del terror popular y al rechazo de cuanto acababa de suceder.

Teresa replicó refunfuñando que esto no era una

razón para que dejase enfriar la comida ; además de que el hombre no debía ser un gallina que se asustase al menor ruido.

Nada tuvo que responder Rousseau á este último argumento que tantas veces había proclamado, aunque en otros términos.

Teresa añadió que los filósofos, los hombres de imaginación, estaban cortados por una misma tijera ; que en sus escritos no cesaban de echársela de fanfarrones ; que anunciaban no tener miedo á nada ; que Dios y la especie humana eran poca cosa para ellos ; pero que en oyendo ladrar á un perrillo ya pedían socorro ; así que les entraba una calentura, por leve que fuese, exclamaban : « ¡ Dios mío ! ¡ me muero ! »

Este era el tema favorito de Teresa, el en que desplegaba mayor elocuencia y á que peor contestaba Rousseau, tímido de suyo. Así, al compás de aquella música desagradable, Rousseau daba suelta á su pensamiento, que de seguro valía tanto como el de Teresa, á pesar de la crítica de aquella mujer.

— La dicha se compone, decía allá para sí, de perfumes y murmullos ; y como el ruido y el olor son cosas convenidas de antemano, ¿ quién será el que establezca que la cebolla no huele tan bien como la rosa, y que el pavo real no canta tan bien como el ruiseñor ?

Pensando en este axioma, que podía pasar por una bonita paradoja, se sentó á la mesa.

Cuando acabó de comer no fué á sentarse al clave como acostumbraba, sino que dió veinte vueltas por la habitación, asomándose más de cien veces á la ventana para estudiar la fisonomía de la calle Platriere.

Entonces acometió á Teresa un arrebato de celos como el de los quisquillosos, es decir, de la gente en realidad menos celosa de la tierra ; porque si hay una

afectación que sea desagradable, es la de un defecto; que si al fin fuese la afectación de alguna buena calidad, sería tolerable.

Teresa, que despreciaba en extremo la virilidad, complexión, talento y costumbres de Rousseau, Teresa, que le veía viejo, achacoso y feo, no temía que le quitasen su marido, porque no era de suponer que las mujeres le mirasen con otros ojos que ella; pero, sin embargo, como uno de los suplicios que más apetece una mujer es atormentarse por celos, Teresa se regalaba á veces con semejante tormento.

Viendo, pues, que Rousseau se acercaba tantas veces á la ventana pensativo, y que no estaba quieto en su sitio, le dijo:

— Ya sé de qué nace toda esa agitación; hace poco que te has separado de alguien.

Rousseau la miró con extraviados ojos, y esto fué para ella un indicio más.

— Alguien á quien procuras volver á ver, continuó diciendo.

— ¿Qué es lo que dices? dijo Rousseau.

— Según parece, tenemos cita, ¿eh?

— ¡Oh! dijo Rousseau comprendiendo de lo que se trataba, tú estás loca, Teresa; ¡ citas yo!

— Ya sé que sería una locura, dijo; pero tú eres capaz de cometer esa y otras muchas; véte, véte á hacer conquistas, con ese color de papel mascado, tus palpitaciones de corazón, y esa tosecita seca, que son una excelente recomendación.

— Pero, Teresa, bien sabes que no hay nada de eso, dijo Rousseau de mal humor; déjame pues tranquilo acá con mis pensamientos.

— Eres un libertino, dijo Teresa con la mayor seriedad del mundo.

Rousseau se ruborizó como si acabaran de decirle una verdad, ó hacerle un cumplido.

Entonces se creyó con derecho Teresa para presentar un rostro terrible, trastornar los muebles, dar portazos, y jugar con la tranquilidad de Rousseau, como juegan los niños con esos anillos de metal que encierran en una caja, moviéndolos con gran ruido.

Rousseau se refugió en su gabinete, porque aquel tumulto había debilitado un tanto sus ideas.

Allí pensó que sin duda sería arriesgado no concurrir á la misteriosa ceremonia de que el desconocido le había hablado en la esquina del muelle, diciendo Rousseau allá para sí:

— Si existen penas para los que revelan algo, debe haberlas también contra los tibios y negligentes: bien sé que las grandes amenazas no son nada, siendo sumamente raro que en semejantes casos se impongan penas ó que se ejecuten; pero es preciso tener cuidado con las venganzas mezquinas, los golpes solapados, los engaños y demás moneda de cobre. Llegaría un día en que los masones mis hermanos se vengasen de mi desprecio con tender una cuerda en mi escalera para que me rompiese una pierna y los ocho ó diez dientes que me quedan... ó bien dejarían caer sobre mi cabeza un andamio cuando pasase junto al de alguna obra. Más aun; no faltaría entre los francmasones algún escritor que viviese cerca de mí, en el descanso de mi escalera quizá, y que desde sus ventanas registrase mi aposento, lo cual no es imposible, puesto que las reuniones se celebran en la misma calle Platriere... Pues bien, ese pícaro escribiría acerca de mí sandeces que me pondrían en ridículo en todo París; porque ¿no tengo enemigos en todas partes?

Al cabo de un instante mudó Rousseau de pensamiento y dijo:

— ¿Dónde está el valor, dónde la honra? Tengo miedo hasta de mí mismo, y si me mirase á un espejo, vería el rostro de un cobarde y un vil... No, no será así; aunque el universo se coligue en daño mío, aunque se desplome sobre mí una manzana de casas, iré... Todo esto que estoy diciendo es hijo del miedo; desde que habló conmigo ese hombre no hago más que dar vueltas en un círculo de necesidades, dudando de todos, y hasta de mí mismo. Esto no es lógico; me conozco, y sé que no soy un hombre entusiasta, de suerte que si he creído ver maravillas en la asociación proyectada, es porque las hay. ¿Quién me dice que yo no seré el regenerador del género humano, yo á quien han buscado, yo á quien han venido á consultar, bajo la fe de mis escritos, los agentes misteriosos de un poder que no tiene límites? ¡Y he de retroceder cuando se trata de seguir mi obra substituyendo la aplicación á la teoría!

Rousseau iba animándose y prosiguió:

— ¡Qué cosa más bella que eso! Las edades caminan, y en su curso los pueblos salen de su embrutecimiento, el paso sigue al paso en la oscuridad, y la mano á la mano en las sombras, elevándose de este modo la inmensa pirámide, en cuyo remate pondrán los siglos futuros el busto de Rousseau, ciudadano de Ginebra, que para obrar como ha dicho ha arriesgado su libertad y su vida, es decir ha sido fiel á su divisa: *Vitam impendere vero*.

Enajenado Rousseau de gozo, se puso al clave y acabó de remontarse á las nubes su imaginación con las melopeyas más retumbantes, largas y guerreras que pudo arrancar al sonoro instrumento.

Cuando llegó la noche, cansada Teresa de haber atormentado inútilmente á su cautivo, dormía en su silla; y Rousseau, cuyo corazón latía con fuerza, se

puso su vestido nuevo, como si fuese á buscar fortuna, no sin que antes estudiara al espejo el juego de sus negros ojos, los cuales le parecieron con sumo gusto vivos y penetrantes.

Apoyóse en su caña de Indias, y sin despertar á Teresa, se escabulló del aposento.

Pero así que bajó la escalera y tocó con la mano al resorte de la puerta que daba á la calle, Rousseau principió por mirar hacia fuera, á fin de examinar en que estado se hallaban las localidades.

Ningún carruaje pasaba á la sazón; pero la calle estaba llena de ociosos pisaverdes que se miraban unos á otros, como lo tienen aun hoy de costumbre, ó se paraban á mirar por los cristales de las tiendas á las jóvenes que había en el mostrador.

No era posible pues parar la atención en un hombre en medio de aquel torbellino, de suerte que Rousseau se precipitó en él, aunque no tenía que andar mucho para llegar á su destino.

En la puerta que habían designado á Rousseau estaba apostado un músico con un desacordado violín, y aquella música, que tanto agrada á los oídos de todo verdadero parisiense, poblaba la calle de ecos que repetían los últimos compases de la canción que ejecutaba el instrumento ó entonaba el cantante.

Nada pues tan desfavorable para el movimiento circulaterio como la aglomeración de gente en aquel sitio, pues los oyentes formaban un círculo, siendo necesario que los yentes y vinientes diesen la vuelta por la derecha ó la izquierda del grupo, tomando la calle los de la izquierda, y costeano los de la derecha la casa designada, ó *viceversa*.

Rousseau observó que muchos de aquéllos se perdieron en el camino como si hubiesen caído en alguna trampa, y suponiendo que habían ido con el mismo

objeto que él, se decidió á imitar su maniobra, que no era difícil.

Habiendo pasado detrás del grupo de los oyentes, como si tratase también de pararse, acechó al primero que vió entrar en el portal abierto, pero más temeroso que todos ellos, porque sin duda tenía más que perder, esperó á que se le presentase una ocasión del todo propicia.

No tuvo que aguardar mucho tiempo, pues un cabriolé que venía corriendo desde el otro extremo de la calle dividió el círculo en dos mitades, haciendo que ambas se arrimasen á las casas, de manera que Rousseau se halló en el mismo umbral del portal, y no tenía más que continuar. Nuestro filósofo observó que todos los curiosos estaban vueltos de espaldas hacia él y mirando al cabriolé; y aprovechándose de su aislamiento, desapareció en el oscuro portal.

Al cabo de algunos segundos percibió una luz, y junto á ella un hombre que, sentado tranquilamente como el mercader después de terminar su venta, leía ó fingía leer una gaceta.

Al oír los pasos de Rousseau, levantó aquel hombre la cabeza y apoyó visiblemente un dedo sobre el pecho.

Rousseau contestó á aquel ademán simbólico llevando un dedo á la boca.

Entonces se levantó el hombre, y empujando una puerta situada á su derecha y tan artísticamente disimulada en el tabique que estaba invisible, mostró á Rousseau una escalera muy recta que iba á dar bajo tierra.

Rousseau entró, y se volvió á cerrar la puerta sin ruido.

Apoyándose en su bastón, Rousseau bajó los escalones, pareciéndole muy mal que los socios le impusiesen

por primera prueba el riesgo de romperse el espinazo y las piernas.

Pero aunque la escalera era empinada, no era larga, pues así que Rousseau contó diez y siete escalones se vió invadido de una gran dosis de calor que le dió en los ojos y en el rostro....

Aquel calor húmedo era el hálito de cierto número de hombres reunidos en aquella cueva.

Rousseau observó las paredes entapizadas de telas encarnadas y blancas en que estaban figurados diversos instrumentos de trabajo, sin duda más simbólicos que reales. De la bóveda pendía una lámpara que despedía un reflejo siniestro sobre los rostros, bastante honrados, de los que hablaban entre sí en voz baja, sentados en bancos de madera.

En el suelo no había entarimado ni tapices, sino una gruesa estera de junco que embotaba el ruido de los pasos.

Por consiguiente, ninguna sensación produjo Rousseau al entrar, y al parecer nadie notó su entrada.

Cinco minutos antes, nada deseaba Rousseau tanto como aquella entrada, pero cuando así entró, se incomodó de haberlo logrado tan bien.

Vió un asiento vacío en uno de los últimos bancos, y se instaló allí detrás de todos lo más modestamente que pudo.

Contó treinta y tres cabezas en la reunión, y una mesa elevada sobre un tablado aguardaba un presidente.

XXVIII

La logia de la calle Platriere

Rousseau notó que las conversaciones entre los concurrentes eran muy discretas y limitadas; muchos ni siquiera movían los labios, y apenas si tres ó cuatro parejas se cambiaban algunas palabras.

Los que no hablaban hasta trataban de ocultar su cara, lo cual no era difícil, gracias á la gran masa de sombras que proyectaba el estrado destinado al presidente, á quien aguardaban.

Por consiguiente el refugio para los que parecían más tímidos, estaba detrás de dicho estrado; pero en desquite, dos ó tres individuos de la corporación estaban en continuo movimiento para reconocer á sus colegas; iban y venían, hablaban entre sí, y con frecuencia desaparecían cada uno á su vez por una puerta oculta tras una cortina negra con listas encarnadas.

Oyóse á poco un campanillazo, y entonces un hombre dejó sencillamente la esquina del banco en que se hallaba confundido con los otros masones, y fué á tomar asiento en el estrado.

Después de hacer algunos signos con la mano y los dedos, signos que fueron repetidos por todos los concurrentes, y á los que añadió uno más explícito que los otros, declaró abierta la sesión.

Rousseau no conocía absolutamente á aquel hombre,

el cual bajo el exterior de un artesano bien acomodado, ocultaba mucha presencia de ánimo, realizada por una elocuencia tan fácil como podía desearse en un orador.

— No os debéis admirar, dijo, de que os hayamos reunido en el local en que no pueden hacerse las pruebas ordinarias; pues éstas han parecido inútiles á los jefes. El hermano á quien se trata de recibir es una de las antorchas de la filosofía contemporánea, un talento profundo que nos será adicto por convicción y no por miedo. El que ha sondeado todos los misterios de la naturaleza y el corazón humano, no podría ser impresionado del mismo modo que el simple mortal á quien pedimos el auxilio de sus brazos, de su voluntad y de su dinero. Para que contemos con la cooperación de ese talento distinguido, de ese carácter honrado y enérgico, nos bastará su promesa y aquiescencia.

Así terminó el orador su proposición, y luego miró en torno suyo para examinar el efecto que había producido.

En Rousseau produjo un efecto mágico; el ginebrino conocía los misteriosos preparatorios de la masonería; y los había visto con una especie de repugnancia muy natural en los hombres ilustrados, pues le parecían el colmo de la puerilidad y de la superstición esas concepciones enteramente absurdas, puesto que eran inútiles, que los jefes exigían á los candidatos para probar su valor, cuando se sabe que nada hay que temer.

Hay más, el tímido filósofo, enemigo de las manifestaciones individuales, hubiera mirado como una desgracia el tener que presentar su persona en espectáculo á unos hombres que le eran desconocidos, y que era seguro le engañaban con más ó menos buena fe.

De esto resultó que le causó la mayor satisfacción el

verse dispensado de las pruebas, porque conocía el rigor de la igualdad ante los principios masónicos, y por consiguiente una excepción en su favor era para él un triunfo.

Disponíase á responder con algunas palabras á la amable elocuencia del presidente, cuando salió del auditorio una voz acre y vibrante, que dijo :

— Supuesto que os creéis obligado á tratar como á un príncipe á un hombre como nosotros, ya que le dispensáis de las angustias físicas, como si no fuese uno de nuestros símbolos el buscar la libertad á costa de los padecimientos del cuerpo, á lo menos esperamos que no confiaréis un título precioso á un desconocido sin haberle interrogado con arreglo al rito, y sin que haga antes su profesión de fe.

Rousseau se volvió para ver la cara del agresivo personaje que tan rudo golpe descargaba en el carro del triunfador.

Entonces reconoció con la mayor sorpresa al joven cirujano á quien había encontrado aquella misma mañana en el muelle de las Flores.

El sentimiento de su buena fe, y quizá un sentimiento de desdén hacia el título precioso, le impidió de responder.

— ¿ Habéis oído ? dijo el presidente dirigiéndose á Rousseau.

— Perfectamente, respondió el filósofo, á quien su propia voz causó un ligero estremecimiento al resonar bajo la bóveda de aquella sombría cueva. Y me admiro mucho más de las interpelaciones al ver quien las hace. ¡ Cómo ! un hombre cuya profesión es combatir lo que se llama padecimientos físicos y socorrer de ese modo á sus hermanos, sean ó no masones, ¿ viene á predicar aquí la utilidad de los padecimientos fisi-

cos?... ¡ Singular camino escoge para hacer que el hombre sea feliz y curar las enfermedades !

— Aquí no se trata de tal ó cual persona, replicó vivamente el joven ; yo no conozco al candidato, como él no me conoce á mí. Yo soy lógico, y sostengo que el venerable ha hecho mal en hacer acepción de personas ; así como yo no veo en ese individuo (señaló á Rousseau) al filósofo, que tenga él la bondad de no ver en mí al cirujano, porque quizá tengamos que estar juntos toda la vida, sin que una mirada ni un gesto revele jamás nuestra intimidad por estrecha que sea, gracias al vínculo de la asociación de todas las amistades vulgares. Repito, pues, que si se ha creído que se debían dispensar las pruebas al que va á entrar en nuestra sociedad, á lo menos se le debe interrogar.

Rousseau no contestó, y conociendo el presidente en su semblante que no le gustaba aquella discusión, y que sentía haberse metido en aquella empresa, dijo al joven con tono de autoridad :

— Hermano, tened la bondad de guardar silencio cuando el jefe esté hablando, y no critiquéis con ligereza sus actos soberanos.

— Tengo derecho para interpelar, respondió el joven con más dulzura.

— Para interpelar sí, pero no para criticar. El hermano que va á entrar en la asociación es bastante conocido para que necesitemos emplear en nuestras relaciones masónicas con él un misterio ridículo é inútil. Todos los hermanos que están presentes saben cómo se llama, y su nombre es una garantía ; pero como estoy seguro de que también él es amigo de la legalidad, le ruego que se explique acerca de una pregunta que le hago únicamente *pro forma*. ¿ Qué buscáis en la asociación ?

Rousseau anduvo dos pasos, y aislándose de la multitud miró á la reunión con aire pensativo y melancólico.

— Busco, dijo, lo que no encuentro; verdades y no sofismas. ¿Porqué me habíais de rodear de puñales que no hieren, de venenos que son agua clara, y de tampras bajo de las cuales hay preparados colchones? Sé hasta dónde llegan los recursos de las fuerzas humanas; conozco mi vigor físico, y como si lo debilitarais no merecía la pena que me eligieseis por hermano vuestro porque para nada os serviría muerto, no queréis matarme ni siquiera herirme, y todos los cirujanos del mundo no me harían creer que es buena la iniciación en que me despedazaran un miembro.

Mejor que todos vosotros he hecho mi aprendizaje de dolores; he sondeado el cuerpo y palpado hasta el alma. Si he accedido á venir aquí cuando se me ha invitado (y recalco estas palabras), fué porque creía que podría ser útil. Por consiguiente doy, no recibo. ¡Ay! antes que podáis hacer algo en mi defensa, antes que por vuestros propios medios me deis la libertad si me meten en una prisión, pan si tengo hambre, consuelos si me veo afligido; antes que seáis algo, digo, este hermano á quien admitís hoy en vuestro seno, si es que el señor lo permite, añadió volviéndose hacia Marat, habrá pagado ya su tributo á la naturaleza, porque el progreso está cojo, la luz es lenta, y nadie de vosotros le sacará de la hoya en que haya caído....

— Estáis equivocado, ilustre hermano, dijo una voz suave y penetrante que atrajo dulcemente á Rousseau; en la asociación en que tenéis á bien entrar, hay más de lo que creéis; se encierra todo el porvenir del mundo, y ya sabéis que el porvenir es la esperanza, la ciencia; el porvenir es Dios que debe dar la luz al

mundo, puesto que así lo ha prometido, y Dios no puede mentir.

Sorprendido Rousseau al oír un lenguaje tan elevado, miró al que hablaba y conoció al hombre joven todavía que le diera la cita aquella mañana en el solio de justicia.

Aquel hombre, vestido de negro con cierto esmero, y sobre todo con gran distinción, estaba vuelto de espaldas á uno de los frentes laterales del estrado, y su rostro, alumbrado por un tenue resplandor, brillaba en toda su belleza, gracia y expresión natural.

— ¡Ah! dijo Rousseau; la ciencia es un abismo que no tiene fondo. Vos me habláis de ciencia, consuelo, porvenir y promesa; pero como otro me habla de la materia, el rigor y la violencia, ¿á quién deberé creer? Es decir, que en la asamblea de los hermanos sucede lo mismo que entre los hambrientos lobos de ese mundo que se agita sobre nuestras cabezas. ¡En todas partes lobos y ovejas!... Oid, pues, mi profesión de fe, supuesto que no la habéis leído en mis obras.

— ¡Vuestras obras! exclamó Marat; convengo en que son sublimes, pero una pura utopía; vos sois útil bajo el mismo punto de vista que Pitágoras, Solón y el sofista Cicerón. Indicáis el bien, pero un bien artificial, inasequible y aéreo, pareciéndoos á uno que quisiese mantener á una multitud hambrienta con bolas de aire más ó menos brillantadas por el sol.

— ¿Habéis visto, dijo Rousseau frunciendo el entrecejo, que las grandes conmociones de la naturaleza se verifiquen sin anterior preparación? ¿Habéis visto nacer al hombre, acontecimiento sublime aunque vulgar? ¿Habéis visto que nazca sin que haya estado amontonando durante nueve meses en el vientre de su madre la sustancia y la vida? ¡Ah, queréis que rege-

nere al mundo con actos, y eso no es regenerar, sino hacer una revolución.

— ¿Entonces, repuso el cirujano con vehemencia, vos no queréis que el hombre sea independiente, que sea libre?

— Al contrario, respondió Rousseau, porque la independencia es mi ídolo, porque la libertad es mi diosa. No hay más diferencia sino que yo quiero una libertad dulce y radiante que caliente y vivifique; yo quiero una igualdad que una á los hombres por medio de la amistad, no por medio del temor; yo quiero la educación, la instrucción de cada elemento del cuerpo social, como el mecánico quiere la armonía, como el ebanista quiere la ensambladura, es decir, que cada pieza de su trabajo concorra perfectamente á formar el todo por medio de una copulación absoluta. Repito que lo que yo quiero está consignado en mis escritos, á saber: progreso, concordia y mutua adhesión.

En los labios de Marat brilló una sonrisa de desdén.

— Sí, los arroyos de leche y miel, dijo, los Campos Elíseos de Virgilio, sueños de un poeta cuya filosofía aspira á convertirlos en una realidad.

Rousseau no replicó, pues le parecía demasiado duro tener que defender su moderación á pesar de que en toda Europa se le tenía por un novador violento.

Volvió á sentarse sin decir una palabra, después de consultar con la vista para satisfacción de su alma sencilla y tímida, y haber obtenido la aprobación aunque tácita del personaje que le había defendido hacia poco.

El presidente se levantó, y dijo dirigiéndose á todos:

— ¿Habéis oído?

— Sí, respondió la asamblea.

— ¿Os parece digno el hermano de entrar en la

asociación? ¿comprende en concepto vuestro los deberes de tal?

— Sí, dijo la asamblea; pero con una reserva que demostraba poca unanimidad.

— Prestad el juramento, dijo el presidente á Rousseau.

— Sentiría infinito, contestó el filósofo con cierto orgullo, tener que disgustar á algunos individuos de esta asociación, y debo para evitarlo repetir las palabras que pronuncié ahora poco, palabras hijas de mi convicción. Si fuera orador, las desenvolvería de un modo que dejase embargados los ánimos; pero mi lengua se revela y siempre hace traición á mi pensamiento cuando le pido que lo exprese inmediatamente. Digo pues que más hago en favor del mundo y por vos, lejos de esta reunión, que si imitara asiduamente vuestras costumbres; y por lo mismo debéis dejarme entregado á mis tareas, á mi debilidad y aislamiento. Ya he dicho que me inclino hacia el sepulcro: las pesadumbres, las enfermedades, las miserias me arrastran á él, y vosotros no podéis retardar esa gran obra de la naturaleza. Abandonadme, pues, porque no he nacido para caminar con los hombres, á quienes aborrezco y de quienes huyo: sin embargo, les sirvo porque también yo soy hombre, y porque al servirlos los creo mejores que lo que son. Ahora ya sabéis mi modo de pensar, y no diré una palabra más.

— ¿Conque es decir que os negáis á prestar el juramento? preguntó Marat con cierta emoción.

— Me niego terminantemente, y no quiero formar parte de la asociación, porque hartas pruebas tengo de que sería en ella un hombre inútil.

— Hermano, dijo el desconocido con su voz conciliadora, permitidme que os llame así, pues realmente somos hermanos fuera de toda combinación del espí-

ritu humano. No os dejéis llevar de un momento de despecho muy natural ciertamente: sacrificad algo de vuestro legítimo orgullo, y haced por nosotros lo que os causa repugnancia. Vuestros consejos, vuestras ideas, vuestra presencia aquí, son para nosotros lo mismo que la luz, y no debéis sumirnos en las tinieblas de vuestra ausencia y negativa.

— Os engañáis, dijo Rousseau; nada os quito, puesto que nunca daré más que lo que he dado á todo el mundo, al primer lector que se presente, á cualquiera que interprete las *Gacetas*; si queréis el nombre y la esencia de Rousseau.....

— ¡Lo queremos! dijeron con política varias voces.

— Pues entonces coged una colección de mis obras, colocad los tomos en la mesa de vuestro presidente, y cuando se trate de manifestar cada uno su opinión, y me toque á mí expresar la mía, abrid una obra, y no sólo veréis en ella un dictamen, sino una sentencia.

Rousseau dió un paso como para salir, pero el cirujano le dijo:

— ¡Esperad un momento! Las voluntades son libres, y la del ilustre filósofo lo mismo que las de los demás; pero no sería muy regular haber dado entrada en nuestro santuario á un profano, que no estando, como no está, ligado con ninguna cláusula ni aun tácita siquiera, podría revelar nuestros misterios, sin que por eso dejase de ser un hombre de bien.

Rousseau le devolvió su sonrisa de compasión, diciéndole:

— ¿Lo que me pedís es que preste juramento de guardar silencio?

— Efectivamente.

— Pues estoy pronto á ello.

— Tened la bondad de leer la fórmula, hermano venerable, dijo Marat.

El hermano venerable leyó la fórmula concebida en estos términos:

« Juro en presencia de Dios grande, eterno y arquitecto del universo, de mis superiores y de la respetable asamblea en que me hallo, no revelar jamás, ni dar á conocer, ni escribir nada de cuanto pase á mi vista, condenándome á mí mismo, si llego á pecar por imprudencia, á ser castigado con arreglo á las leyes del gran fundador y todos mis jefes y la cólera de mis padres. »

Ya iba á extender la mano Rousseau, cuando el desconocido, que había escuchado y seguido el debate con una especie de autoridad que ninguno le disputaba, aunque estaba confundido entre la multitud, se acercó al presidente y le dijo al oído unas cuantas palabras.

— Es verdad, replicó el venerable.

Y añadió:

— Vos sois un hombre de bien, no un hermano; sois un hombre de honor, cuya posición entre nosotros está reducida á la de un semejante nuestro, y abjuramos de consiguiente nuestra cualidad para pedirnos simplemente os comprometáis bajo palabra de honor á olvidar cuanto ha pasado entre nosotros.

— Juro por mi honor, respondió Rousseau conmovido, que esto será para mí como un sueño que se desvanece al despertar.

Dichas estas palabras salió de la cueva, y tras él varios individuos de la asociación.